

CAZADORES DE TORMENTAS

CAZADORES DE TORMENTAS

ROSARIO JIMÉNEZ ROQUE



Segunda edición, Enero de 2021

Rosario Jiménez Roque

www.rosariojimenezroque.com

Facebook: [@rosariojimenezroque](https://www.facebook.com/rosariojimenezroque)

Twitter: [@RosarioJRoque](https://twitter.com/RosarioJRoque)

Instagram: [@rosariojroque](https://www.instagram.com/rosariojroque)

Ilustraciones de cubierta: Tania Blázquez y Judit Blázquez

Realización, impresión y distribución: Amazon KDP

ISBN: 978-84-09-26570-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

Copyright © 2021 Rosario Jiménez Roque

A mis hermanas Cristina y Carmen.

Porque los grandes héroes no necesitan salir de un comic de
Marvel, solo tener oídos para escuchar.

CONTENIDO

CAPÍTULO 01: DUNAS DE AGUA.	001
CAPÍTULO 02: LA TORRE Y LA GOLONDRINA.	013
CAPÍTULO 03: MAR DE NUBES.	025
CAPÍTULO 04: FÉ FORZADA	035
CAPÍTULO 05: REGRESO A CASA.	045
CAPÍTULO 06: HILOS ROJOS, HILOS BLANCOS.	053
CAPÍTULO 07: TRANSICIÓN.	061
CAPÍTULO 08: VIENTOS DE CAMBIO.	069
CAPÍTULO 09: ANUNCIO DE TORMENTA	077
CAPÍTULO 10: RAZÓN DE SER	085
CAPÍTULO 11: EL ORIGEN DEL CAZADOR	093
CAPÍTULO 12: PRELUDIO	101
CAPÍTULO 13: DOS CAMINOS.	109
CAPÍTULO 14: RENEGADOS	117
CAPÍTULO 15: LOS PARADIGMAS DE UNA ESCALERA	125
CAPÍTULO 16: LA ECUACIÓN DEL EQUILIBRIO	135
CAPÍTULO 17: LLUVIA DE ARENA	143
CAPÍTULO 18: EL PRINCIPIO DE LA TEMPESTAD.	153
CAPÍTULO 19: EL BOSQUE DE LAS LANZAS	159
CAPÍTULO 20: LA TORRE Y LA LUNA.	169
CAPÍTULO 21: LA TRAMPA.	175
CAPÍTULO 22: EL SUEÑO DEL CAZADOR.	185

EPÍLOGO: RECAUDADORES DE TIEMPO	195
CAPÍTULO EXTRA: HERMANA MAYOR.....	199
ANEXOS.....	211
CRIATURAS FANTÁSTICAS	211
ACERCA DE LA AUTORA.....	213
OTROS LIBROS DE LA AUTORA.....	217

01

DUNAS DE AGUA

Llovía a mares. La tormenta que cubría el pueblo era tal que ni los animales semi acuáticos, de haberlos, se habrían atrevido a asomar la cabeza. El olor a tierra mojada hacía días que había dado paso al de la humedad; no hacía frío, no al menos mientras llovía, ya que si en algún momento dejaba de hacerlo una espesa niebla se encargaba de sustituirla, y con ella el frío.

Por supuesto una tormenta así sería muy normal en muchos lugares del mundo, pero no en el desierto de Gaila. Allí ni el oro ni las joyas, ni los diamantes más puros tenían tanto valor como el agua. Fue por ello que al principio aquella tormenta fue vista por todos como un milagro divino, aunque después de tres días de lluvias torrenciales las dunas se convirtieron en enormes trampas de arenas movedizas, sin contar que costaba respirar fuera debido a la humedad, y tan solo las casas eran seguras. Al cuarto día ya ni eso.

Encerradas las gentes en sus hogares, fue sorprendente que dos extranjeros lograran llegar, y aún más el modo en que llegaron, ya que aunque mojados no estaban para nada embarrados. Se trataba

de un anciano de canoso cabello y pronunciadas arrugas y, por la actitud del joven que iba con él, de su esclavo.

Kirt sabía mucho de ese tema. A decir verdad aunque él era hijo del jefe del pueblo su madre no dejaba de ser una de las muchas esclavas de su padre; sí, definitivamente sabía mucho del tema.

—¿Cuándo empezó la tormenta? —oyó que preguntaba el anciano a su padre.

Mientras que este permanecía sentado, su joven esclavo aguardaba de pie a unos pasos por detrás de él.

—Hará ya cinco días —respondió el cabeza de familia.

Ver a amo y esclavo era como contemplar la noche y el día. Uno viejo, el otro joven, uno canoso y arrugado, el otro con cabello largo y negro y rasgos finos y delicados, uno con nariz grande y ojos cansados, el otro con nariz pequeña y ojos oscuros e inexpressivos, uno animado y hablador, y el otro cuál estatua de piedra.

—¿Cómo empezó? —insistió el anciano.

Verles no hacía más fácil el imaginarse cómo habían llegado hasta allí. Al fin y al cabo, era imposible salir fuera sin que una cortina de agua te ahogara mientras una trampa de barro te engullía vivo.

—¿Por qué tantas preguntas? —Viendo a su padre Kirt se preguntó cuál de los dos hombres llevaba la conversación a su antojo.

CAZADORES DE TORMENTAS

—Necesito saber cómo se inició la tormenta para poder pararla —respondió el anciano con total calma.

Entre sus muchos hermanos y hermanas se levantaron amplios murmullos entre los que resaltaban dos palabras; tormentas y cazador.

—¡Silencio! —ordenó su padre—. He oído hablar de ustedes «*Cazadores de Tormentas*», y sinceramente, no me creo ni una sola palabra... —Contra cualquier pronóstico el anciano empezó a reírse a carcajadas.

—Ni yo tampoco. Ahora bien —terminó la risa—, verdad o mentira, ¿pueden hacer otra cosa que creernos en esta situación?

Por primera vez en su vida, Kirt vio a su padre derrotado en su propio trono. Cazador o no aquel anciano era sin lugar a dudas formidable. Pero es que además era cierto, aunque los estuvieran timando, con semejante panorama en el exterior no podían hacer otra cosa que confiar en que parar aquella catástrofe natural era posible.

—¡Todos fuera! —ordenó el cabeza de familia.

Al igual que sus hermanos y hermanas tuvo que abandonar la habitación, pero la curiosidad le pudo, y permaneció detrás de la puerta para poder escuchar, después de todo nadie se fijaría en un crío sin relevancia alguna en la familia.

—Ya estamos solos —puntualizó el anciano, que parecía divertido por el comportamiento del hombre.

—Hace diez días un misterioso objeto llegó a manos del templo, cuatro días después debió de celebrarse la fiesta anual del agua, aunque no pudo hacerse. No sé nada más.

—O no le conviene saberlo —aquello casi sonó como un insulto—. Ve y averigua todo lo que puedas, ¿quieres?

Kirt no escuchó a nadie acercarse hasta su posición, por eso se asustó tanto cuando el esclavo del anciano pasó por su lado. No supo si lo había visto porque no le dirigió una sola mirada. Al verle tan de cerca su piel le pareció más clara y tersa, y pudo sentir la fuerza que emanaba de él, pues al muchacho no le cabían dudas de que se trataba de un guerrero.

—¿Manda a un esclavo a hacer el trabajo de un hombre? —Dolido por la ofensa, su padre trataba de devolver el golpe.

—No es mi esclavo —respondió tranquilamente.

—¿Su hijo?

—Tampoco —negó suavemente con la cabeza.

—¿Asalariado?

—¡Dios quiera que nunca me pida que le pague por lo que trabaja! —rió.

CAZADORES DE TORMENTAS

El anciano había roto los esquemas de su padre, y no le extrañaba, ya que a él le pasaba exactamente igual.

—Es usted muy raro *«Cazador de Tormentas»*.

—Me lo dicen a menudo —rió con ganas—. Creo que ahora sí que aceptaré esa taza de té —dijo—; le gusta tomarse su tiempo para hacer sus averiguaciones.

A decir verdad, pasó un buen rato antes de que el joven regresara, y lo hizo como la primera vez: empapado pero no embarrado. Tal y como cuando se fue, entró sin siquiera dirigirle una mirada a Kirt, el cual tuvo de armarse de valor para asomarse y ver cómo el joven susurraba al oído del anciano.

—¿En serio? —rió este.

Ante la perspectiva de ser descubierto se ocultó aún más, pues temía la ira de su padre más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Qué? —quiso saber el cabecilla del pueblo, impaciente por conocer las nuevas— ¿Qué ha averiguado?

—¡Es cierto, casi se me olvida! ¿Qué has averiguado?

—El misterioso objeto era un obelisco, y la fiesta no se celebró debido a la muerte del sacerdote encargado —Su voz era tan suave que pese a su gravedad parecía de mujer.

—¡No me lo digas! —exclamó de pronto el anciano, con ánimo de responder en su lugar—. Era el mismo sacerdote que guardaba el

obelisco.

—Efectivamente —de no mover los labios nadie habría dicho que aquella estatua humana fuera la que estaba hablando.

—¿Y tienes localizado el obelisco? —el anciano tenía puesta toda su atención en el joven, como si su imparcial rostro estuviera revelando todos los misterios habidos y por haber en el mundo, cosa que de resultar cierta explicaría el por qué la mayoría seguían siendo, como su nombre bien indica, un misterio.

—¿Qué tiene que ver todo esto con la tormenta? —preguntó su padre.

—Todo —respondió simple y llanamente el anciano.

—Tan solo quedaban fragmentos —respondió el joven a la pregunta hecha por el mayor, ya que al igual que con Kirt parecía no ver a su padre, o al menos, no mostrarle atención.

—Ya me temía yo algo así.

—¡Están los dos locos! ¡Fuera de mi casa!

Cuatro guardias, que habían permanecido en la habitación en todo momento, se acercaron a ellos con intención de echarlos, pero antes de que tuvieran tiempo si quiera de acercarse el joven los inmovilizó sin arma alguna y en cuestión de segundos.

—Necesitaré papel y tinta —continuó el anciano como si nada hubiera pasado.

CAZADORES DE TORMENTAS

—¡Papel y tinta! —ordenó su padre ante la seria mirada del joven guerrero.

—¿Crees que podrías trazar un plano del templo?

Kirt aprovechó el hecho de que los sirvientes temieran acercarse a los extraños para llegar él mismo los materiales y meterse así en la habitación. Nunca había visto a su padre tan nervioso y mucho menos asustado en su propia casa.

—Con total exactitud —respondió el joven que en seguida se pudo a trabajar.

Era realmente bueno dibujando, el muchacho no había estado nunca dentro del templo, ni sabía demasiado sobre planos, pero con tan solo ver aquellos dibujos le vino a la mente el edificio y casi pudo imaginárselo por dentro.

—No necesito una obra maestra, solo un trazo a mano alzada —apremió el anciano ante la tardanza del joven.

—La primera planta ha quedado totalmente inundada —explicó el aludido mientras señalaba en el plano—, ha habido tres muertes entre la que se incluye la del sacerdote encargado del obelisco...

Kirt estaba totalmente atento a la conversación, y al ver que el guerrero señalaba dos puntos supuestamente sumergidos cuando se refirió a los muertos no pudo evitar hablar.

—¿Cómo sabe exactamente dónde están?

En seguida se arrepintió, pues en el instante en que abrió la boca se convirtió en el objeto de todas las miradas.

—Son suposiciones, muchacho —dijo el anciano—, seguramente esos dos puntos fueron los últimos lugares donde se les vio con vida, ¿me equivoco? —preguntó ya mirando al creador del plano.

—Así es —respondió.

Alentado por el silencio de su padre el curioso joven se permitió seguir en la conversación.

—Entonces podrían seguir vivos.

—Cierto, cierto, pero ahora debemos centrarnos en detener la tormenta, muchacho. Luego hablaremos de los desaparecidos —le dio largas el viejo.

Entendiendo aquello como una señal el esclavo que no era tal, prosiguió con su explicación.

—El encargado murió justo aquí, y el obelisco...

—¿Sangre? —lo interrumpió el anciano adelantándose a sus palabras.

—Sí —se encogió de hombros.

—¿Algún símbolo?

CAZADORES DE TORMENTAS

La mirada expresiva del anciano se volvió también de piedra mientras reconstruía mentalmente la escena.

—También.

—¡Pobre hombre, no sabía lo que tenía entre manos hasta que lo mataron por ello!

—Dudo que llegara a saberlo.

—¿Mutilado? —preguntó ante el comentario del joven.

—Sí.

—¿Sospechosos?

—Pasó medio día desde que el obelisco fue destruido hasta que se desató la tormenta tal y como está ahora.

—¿Cómo puede saber eso? —Kirt no pudo resistirse más.

—¡Ahora no, muchacho! —lo cortó el anciano—. Eso no ha respondido a mi pregunta, ¿sospechas de alguien o no?

—No —respondió tras un silencio.

—Pues yo sí —afirmó el anciano—. Dígame, ¿cómo sabía que había llegado a manos del templo un *«misterioso objeto»*?

Si su padre hubiera hecho algún movimiento no le hubiera parecido más sospechoso de lo que ahora le parecía.

—El sacerdote encargado le informó —salió en su defensa el joven.

—¡Dios me libre de tenerte nunca como enemigo! —exclamó—. ¡Ya habías pensado en todo lo que diría! —lue-go por primera vez desde que llegó se levantó diciendo—. Supongo que solo queda encargarnos de esta condenada tormenta.

—¿A dónde van? —preguntó su padre al ver que se marchaban.

—A trabajar —respondió el anciano sin rodeos—. Por cierto, cuando despierten —señaló a los inconscientes guardias tendidos en el suelo —déjelos descansar un poco; no controla muy bien su propia fuerza, ya me entiende —alardeó.

Hasta un muchacho como Kirt pudo descifrar la expresión del rostro de aquella estatua humana; de haber querido los habría matado sin pestañear.

Fue extraño ver cómo aquellos dos extranjeros desaparecían de sus vidas tal y como habían llegado a ellas. Nadie supo qué pasó después, la mayoría de los ciudadanos de hecho ni siquiera llegó a enterarse de la presencia de esos dos hombres, pero dejó de llover.

Hubo muchos destrozos en el pueblo debido al agua. A decir verdad, hicieron falta varios días antes de que nadie pudiera salir de su casa sin verse atrapado en las arenas movedizas. La mayoría de los daños habían sido causados por las inundaciones de barro, tan solo un trozo del templo había sufrido significativos destrozos que

nadie podía explicar.

Su padre por supuesto calló todo lo referente a los Cazadores de tormentas, pero renovó su guardia, y en el templo nadie quiso hacer un comentario de lo sucedido, aunque se supo que hubo tres muertes entre sus miembros. De esta forma el diluvio quedó escrito como un castigo divino ante la avaricia y el egoísmo del pueblo, y su final como el perdón.

Claro que, el rumor de la presencia de dos Cazadores de Tormentas durante aquella catástrofe fue algo que perduró en las memorias de las gentes del pueblo más que cualquier escrito.